

LENIO Y EL AUTOR DEL *QUIJOTE* APÓCRIFO.  
DE CONCURRENCIAS CON EL FICTICIO AVELLANEDA

Antonio Sánchez Portero  
Centro de Estudios Bilbilitanos  
Institución “Fernando el Católico” CESIC

*A Luis Gómez Canseco,  
sin cuya aportación no hubiese  
sido posible este artículo.*

No ya mares, sino océanos de tinta han fluido de un incalculable número de escritores, investigadores y filólogos, durante más de tres siglos, en un intento por descubrir la identidad que se oculta tras el seudónimo del autor del *Quijote* apócrifo, del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Los nombres propuestos son muchos (más de cuarenta). Ninguno de ellos ha logrado el consenso general. Por lo que el enigma sigue vivo.

Todos los esfuerzos son meritorios, pero en este negocio no cabe la aproximación, la pedrea, hay que atinar de plano, hay que conseguir el gordo. Cada maestrillo tiene su librito, y los caminos seguidos para lograr el premio son variados e innumerables. Un servidor va a seguir uno que, de momento, creo no está hollado.

Después de analizar detenidamente la edición del *Quijote* de Avellaneda de Luis Gómez Canseco<sup>1</sup>, autor de las Notas y de una magnífica Introducción, extensa, documentada y enjundiosa, se me ha encendido una lucecita y se me ha ocurrido aprovechar los datos, ajenos y propios, que tan generosamente nos ofrece para trazar con ellos las características y peculiaridades, en definitiva, el perfil de Avellaneda.

Es importante consignar que Gómez Canseco conoce y maneja toda la información posible sobre candidatos, promotores, investigadores, hipótesis y problemas que ha suscitado esta cuestión desde su inicio hasta el momento presente. Y conviene destacar que, a diferencia de otros editores del *Quijote* de Avellaneda, que manifiestan su preferencia por algún candidato<sup>2</sup>, Gómez Canseco actúa con rigurosa imparcialidad, sin inclinarse o “simpatizar” con ninguno, lo que considero favorece el objetivo que pretendo, que no es otro que el de descubrir la identidad de Avellaneda. Doy el primer paso transcribiendo de su Introducción los párrafos siguientes:

Tuvo, por otra parte, que pesar en él [en Avellaneda] la decidida intención de vengar alguna afrenta, que no debía ser pequeña –al menos a sus ojos– pues invirtió doscientos noventa y un folios impresos en vengarse. (Página 9, párrafo 1º).

Su *Quijote* es un libro escrito de prisa, sin revisiones y con pocos esfuerzos. Los materiales con que trabaja son de acarreo, y vienen de Cervantes, del romancero, de la literatura italiana o del propio Lope. Las repeticiones de palabras o las faltas de concordancia se suceden a lo largo del texto y no son atribuibles sino a la mano de un escritor descuidado y más atento a terminar la obra que a su perfección. (P. 11, prr. 1º).

<sup>1</sup> Alonso Fernández de Avellaneda. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición Luis Gómez Canseco. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

<sup>2</sup> Diego Clemencín propone o se inclina por Fray Luis de Aliaga; Cayetano Rosell (1905) por Aliaga; Marcelino Menéndez y Pelayo (1905) por Alfonso Lambert; Martín de Riquer (1962) por Jerónimo de Pasamonte; Fernando García Salinero (1988), primero, por Alonso de Ledesma, luego por Alonso de Castillo Solórzano; y Enrique Suárez Figaredo (2004) por Cristóbal Suárez de Figueroa.

En un examen somero del *Quijote* apócrifo se encuentra de inmediato una considerable erudición latina y romance, una importantísima carga de literatura e intenciones devotas y facecias de sal más o menos gorda. (P. 15, prr. 4º).

Lo primero que llamó la atención de los comentaristas cervantinos fue la declaración de Don Quijote después de hojear el *Segundo tomo* de Avellaneda: “el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos. (P. 29, prr. 2º).

Por su parte, Mayans declaró sin paliativos que “fue aragonés, pues Miguel de Cervantes, a quien devemos suponer bien informado, assi lo nombra en varias ocasiones. (P. 30, prr. 1º).

Sin embargo, el número de defensores de la filiación aragonesa aumentó bajo el influjo de los métodos estructurales aplicados a la literatura. (P. 31, prr. 1º).

Y si bien es cierto que de la obra se deduce un buen conocimiento de Zaragoza y de la zona de Ateca, Ariza y Calatayud, también puede inferirse lo mismo de Alcalá, Madrid o Toledo. (P. 31, prr. 2º).

Pero sería sorprendente que en un ambiente tan reducido y violento como el de la vida literaria de la corte española a principios del siglo XVII, pudiera pasar incógnita a Cervantes la identidad del rival, y hasta que el mismo Avellaneda no hiciera alarde en estos círculos literarios de su dudosa hazaña. Más bien parece que todo quedó entre escritores en un fingido anonimato de alusiones y sobrentendidos que acaso hoy se nos escapen. (P. 35, prr. 1º).

Mayans y Siscar, fue, como otras veces, el primero en abrir lo intrincado del camino apuntando en 1737 hacia un Avellaneda asentado en la corte y amenazador de Cervantes. (P. 35, prr 3°).

...las aportaciones del siglo XVIII a la investigación se limitaron a las del padre Murillo que añadía la condición de eclesiástico; la de Vicente de los Ríos que lo identificaba como un poeta dramático enemigo de Cervantes; y la del bibliotecario Juan Antonio Pellicer que afirmaba que ni era Licenciado, ni se llamaba Alonso Fernández de Avellaneda, sino aragonés, e insistía en su condición de religioso, por más señas de la orden de Predicadores. (P. 35, prr. 4°).

García Soriano apuntó algo que después había de tener continuado eco: “Donde más patente se muestra la intervención y el influjo de Lope en el libro de Avellaneda, es el prólogo.” Ahondando también en el entorno de Lope, Joaquín de Entrambasaguas aseguraba dos años después que “se escribió el falso *Quijote* desde luego con la anuencia de Lope y en defensa suya, en parte.” Stephen Gilman volviendo a posiciones decimonónicas, mantuvo desde sus primeros trabajos sobre Avellaneda la identificación con un escritor “dominico o por lo menos eclesiástico. (P. 43, prr. 3°).

...el enorme interés que Avellaneda muestra por el teatro, sus opiniones acerca de la teoría literaria o su más notable conocimiento de la literatura contemporánea... (P. 45, prr. 2°).

Es seguro que Avellaneda era enemigo de Cervantes, y que se sintió gravemente ofendido por algo que aparecía en el primer *Quijote* cervantino. Tampoco hay duda de que admiraba tanto a Lope de Vega como para salir en su defensa como si se tratara de un asunto personal. Sabemos también que conocía la ciudad de Zaragoza, sus costumbres y su entorno; que no sólo era hombre piadoso, devoto del rosario y aficionado a los dominicos, sino que tenía una razonable instrucción teológica. Conoció a fondo Alcalá de Henares y su vida

universitaria, y también parece saber no poco de la vida madrileña y de la ciudad de Toledo. Por último –y en esto ha habido diferencias– pueden registrarse rasgos aragoneses en su lengua. Hasta aquí la crítica ha sido prácticamente unánime. Pero la obra nos ofrece algunos datos más que no han sido todavía subrayados. (P. 48, prr. 1°).

Avellaneda era un más que notable conocedor de la literatura contemporánea. (P. 48, prr. 2°).

Todavía puede deducirse de entre las páginas del libro un dato más sobre la personalidad de Avellaneda: era, como poco, aficionado al teatro, pues no sólo habló de él en el prólogo, sino que defendió a Lope como autor teatral, se detuvo a describir Alcalá como “teatro de consideración y cuenta”, trajo a escena a toda una compañía ensayando una comedia y dio un importante papel en la acción al autor de la misma. (P. 49, prr. 1°).

Enrique Espín Rodrigo sugirió que el grueso de la novela se escribió antes de 1610 y sólo en el último momento, al tiempo que los preliminares, se añadiría el párrafo inicial con la mención del sabio Alisolán y la expulsión de los moriscos [en 1610]. Por otro lado, la tácita mención de Alisolán que se encuentra en el capítulo XXV, parece contradecir la adición tardía del párrafo inicial y no es imposible que Avellaneda situara la acción en un tiempo inmediatamente posterior al fin de la primera parte [del *Quijote* de 1605] y, por tanto, ajeno a la expulsión de los moriscos. (P. 51, prr. 1°).

Más adelante, Gómez Canseco incide sobre este punto, que es muy importante:

Avellaneda parece haber querido diferenciar la cronología de este párrafo [El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice...] y la acción narrada. Si esta comienza seis meses después de la vuelta de don Quijote a su aldea, el encuentro del

manuscrito por Alisolán se produce durante la expulsión de los moriscos, en torno a 1610. No habría que descartar la posibilidad de que Avellaneda hubiera dado el dato histórico para que sus lectores y, en especial, Cervantes, pudiera situar la fecha de la última composición (220).

(220) Enrique Espín Rodrigo explicó este párrafo como una adicción de última hora para actualizar una obra redactada muchos años antes y a la sombra inmediata del primer *Quijote*. (P. 118, prr. 5°).

A falta de un documento que acredite otra cosa, el *Quijote* de Avellaneda no pudo escribirse sin la anuencia y participación de Lope. (P. 59, prr. 2°).

Don Ramón Menéndez Pidal, con criterio sensato y razonable, imaginó que Cervantes habría podido conocer una copia manuscrita del apócrifo: “Puede sospecharse que el *Quijote* de Avellaneda circulaba en manuscrito, como tantas obras entonces, y que Cervantes tuvo de él conocimiento desde que comenzó a componer su Segunda Parte.” (P. 60, prr. 1°).

Con estas premisas, no es arriesgado adelantar que Cervantes, además de un personaje, tomó de Avellaneda la invención de algunos episodios, temas y varios elementos textuales, que utilizó bien para parodiar el libro ajeno o como propia materia narrativa. (P. 72, prr. 1°).

Pero además de imitaciones complejas de episodios o materia narrativa, desde los primeros capítulos de 1615 puede seguirse el rastro de una notable coincidencia textual con el *Quijote* de Avellaneda. (P. 77, prr. 2°).

Aunque trabajaban con materiales similares e intercambiaban actos de imitación mutua, los resultados narrativos de Cervantes y Avellaneda fueron, sin embargo, opuestos. A ello contribuyó en no

poca medida la visión distinta, y acaso incompatible, que tuvieron del mundo que ambos compartían. Quien se escondiera tras de la máscara de Alonso Fernández de Avellaneda hubo de ser un hombre culto, asentado en la sociedad de la época, de convicciones tan sólidas como simples, y poco dispuesto a cuestionarlas. (P. 82, prr. 1º).

Avellaneda deja entrever en su libro una devoción... [...] Lo más visible de esa religiosidad es su devoción al rosario. (P. 83, prr. 2º).

En ese mismo marco hay que situar los encarecimientos que Avellaneda hace de la orden dominica... (P. 83, prr. 3º).

Pero acaso lo más llamativo sea la importancia que en Avellaneda tiene la religiosidad popular. El de Avellaneda es un mundo poblado de cofradías y judíos bíblicos, de peregrinaciones y de imágenes milagrosas... (Cita a continuación a los canónigos de Calatayud.) (P. 84, prr. 3º).

Esa afición a la teología forma parte del despliegue de erudición laica y sagrada que se hace en la obra, pero también responde a la voluntad de dar respuesta a un problema teológico que preocupó gravemente a los españoles a principios del XVII, el del libre albedrío y el auxilio divino. (P. 85, prr. 3º).

...la complacencia con que son presentados los moriscos en la obra hay que atribuirlos, más que a la condición aragonesa del autor (Gilman), a razones literarias y al trato de favor que los moriscos recibieron de buena parte de la nobleza española. (P. 90, prr. 1º).

Apuntaba Nicolás Marín que Avellaneda estuvo “en contacto por educación, origen y vida con los círculos nobiliarios.” Y, en efecto, casi nada ocurre a don Quijote que no esté vinculado a los ámbitos más altos de la sociedad, y por eso la acción ha de tener lugar en un

ambiente urbano, el propio de la nobleza del Siglo de Oro. (P: 98, prr. 2º).

Por otro lado, la aparición de un don Álvaro Tarfe morisco tiene el problema añadido de la cronología. Aunque el descubrimiento del original arábigo de la obra por parte del sabio Alisolán se remite a la expulsión de “los moros agarenos de Aragón”, es decir, a partir de 1610, la cronología interna de los hechos narrados nos informa de que han pasado seis meses desde la vuelta de don Quijote a la aldea. Si nos remitimos a esa cronología interna, nada hay de extraño en la figura de un melonero morisco en Aragón, ni aun la del mismo don Álvaro [, que] se presenta como un morisco perfectamente integrado en el ámbito de la nobleza, donde se le ha asignado un papel y un estamento que él asume por completo. Nada se dice de los problemas contemporáneos de su raza, tampoco se revela contra las limitaciones que el estatuto de limpieza de sangre impone. [De lo que puede deducirse que Avellaneda redactó la novela antes de 1610, o sea, antes de que fueran expulsados los moriscos.] (P. 100, prr. 2º).

Don Álvaro es uno de esos moros literarios de los que tanto gustó Lope. El referente directo de su nombre es el moro Tarfe, hermano del rey árabe de Granada, pintado como valiente y amante despechado en romance como “Mira Tarfe que a Daraja” o “El espejo de la corte”. Es este despecho el que le llevó a hacer ostentación de su valor ante las tropas cristianas, llevando un *Ave María* atado a la cola del caballo y recibiendo el castigo que narra el romancero de manos del joven Garcilaso de la Vega. A este hecho dedicó Lope su comedia *Los hechos de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe*, y a él se refieren los tres versos que Avellaneda pone en la adarga de su don Quijote: “Soy muy más que Garcilaso, / pues quité de un turco cruel / el Ave que le honra a él.” (P. 101, prr. 2º).

Todo apunta a una composición de la obra hecha con retales, a tirones y sin demasiada atención en los detalles. (P. 117, prr. 1º).



El fingido autor tordesillesco no era un don nadie ayuno de letras y erudición. Su obra rezuma literatura por todos los lados, y lo mismo trae un verso de Petrarca que una cita de Santo Tomás, un personaje de la Biblia que un epigrama de Lope, una sentencia de Aristóteles que un romance o una *novella* de Bandello. Se trataba, sin duda, de un lector asiduo de mucha literatura y que estaba en el busilis del asunto. (P. 126, prr 3°).

Avellaneda hace uso de la Biblia con autoridad teológica. (P. 127, Prr. 1°).

La imitación que Avellaneda hace del *Quijote* cervantino, concentrada principalmente en los primeros capítulos, tiene una continuación lógica en la preferencia que dio al romancero sobre los libros de caballería. El don Quijote apócrifo es más un recitador de romances que un erudito en materias caballerescas. Menéndez Pidal habló de la “recaída” de Avellaneda en el romancero, como si se tratara de una suerte de enfermedad. Y lo cierto es que esta locura recuerda vivamente a la de don Quijote que recitaba el romance del marqués de Mantua en el capítulo V de la primera parte; sólo que ahora se extiende por todo el libro, y da lugar a la mención de casi veinte romances distintos. (P. 131, prr. 2°).

La picaresca dejó su huella en un par de episodios agermanados. (P. 133, prr. 2°).

El caso más problemático, sin duda es el de la presencia de Lope de Vega como fuente de composición del *Quijote*. Avellaneda conoce con detalle sorprendente su obra, la cita, la utiliza, la corrige si lo considera necesario y, a veces, simplemente coincide en temas, materias y palabras. (P. 134, prr. 2).

[También hay que tener en cuenta que] Avellaneda utiliza términos militares como: torreones, plataformas, entradas

encubiertas, diques, contradiques, trincheras, rastrillos, garitas, plazas y cuerpos de guardia. (P. 135, prr. 1°).

Avellaneda fue un profundo conocedor de la obra de Lope y la utilizó a la hora de componer su apócrifo. (P. 136, prr. 1°).

Del capítulo preliminar “En torno al texto de 1614”, transcribo los siguientes párrafos:

[Aunque el apócrifo figura que fue impreso en Tarragona, en casa de Felipe Roberto, varios investigadores coinciden en que lo fue en Barcelona, publicado por el editor Sebastián Cormellas] No hay que olvidar en este caso el vínculo de un Lope de Vega que andaba detrás del asunto de Avellaneda y que mantenía por entonces una estrecha relación con Cormellas. De cuya imprenta salieron por estas fechas [varios tomos de comedias]. (P. 141, prr. 3°).

Lo más probable, dado que el libro salió sin testimonio de erratas, es que el proceso completo de edición estuviera a cargo de la imprenta y sin revisión por parte de corrector alguno ni, aún menos del autor. Estas circunstancias explican sobradamente el descuido y la cantidad de errores con que se terminó el libro. (P. 143, prr 2°).

Nicolás Marín planteó la posibilidad de que los preliminares del libro se manipularan en el último momento y con el conocimiento de que Cervantes preparaba su segunda parte. [...] Desde luego, como era costumbre y se refiere de la foliación, dedicatoria, soneto y prólogo fueron impresos después del cuerpo de la novela y pudieron cambiarse al hilo de las noticias del *Quijote* cervantino. [...] El autor no estuvo presente en el proceso de impresión, ni siquiera en el de su pliego inicial, porque, de otro, hubiera podido enmendar personalmente las erratas (seis, algunas de bulto) del prólogo. (P. 144, prr. 1°).

Avellaneda debió estar más preocupado de que saliera el libro, que de cómo saliera. La intención, al fin y al cabo, era utilizarlo como arma arrojadiza contra Cervantes en el momento en que éste pergeñaba su segunda parte. (P. 145, prr. 2º).

Hasta aquí, tenemos, aportados por Gómez Canseco, los rasgos que nos permiten trazar el perfil de Avellaneda. Los candidatos a ocupar su puesto son muchos; pero muy pocos los que reúnen sólo alguna o varias de las características y peculiaridades expuestas. Sin embargo, hay uno, a quien, de momento, denominaremos Lenio, en el que concurren en un alto porcentaje las cualidades y particularidades apuntadas, algo que fácilmente puede comprobarse cotejándolas con su biografía, la que de una manera especial, para que el personaje no sea de primeras reconocido, expongo a continuación:

El lugar de nacimiento de Lenio cobra especial trascendencia por la conjunción de varias circunstancias. A saber: Se desconoce el nombre que se oculta tras el seudónimo de Avellaneda, el autor del otro *Quijote*, pero Cervantes dice repetidamente que el “escritor fingido y tordesillesco”, autor del “falso”, “ficticio” y “apócrifo” *Quijote* “es aragonés”. La crítica actual considera a Lenio toledano, por lo que automáticamente queda descartado de poder ser Avellaneda. Si a esto se une que falleció en 1607 y el *Quijote* apócrifo se publicó en 1614, la posibilidad de que éste personaje sea el tan buscado autor adquiere la categoría de imposible.

Pero no hay que olvidar que el *Quijote* de Cervantes, cuya aparición “oficial” se fecha en 1605, en realidad, al menos, fue publicado en 1604, y hasta cabe la posibilidad de que circulase antes en manuscrito (una práctica común)<sup>3</sup>, por lo que nuestro personaje (a quien denominaremos a partir de ahora como “Lenio”) tuvo tiempo de escribir su réplica que, a su vez, circuló

<sup>3</sup> Según A. Herrero de Miguel, en “Vida y obra de Cervantes”, introducción de la edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Ramón Sopena, Editor ¿1930?: “Nada sabemos positivamente de Cervantes, desde fines de 1598 a principios de 1603. El 24 de enero de 1603 recibe una orden y marcha a Valladolid para asistir a la depuración definitiva y favorable de las irregularidades que motivaron su proceso. Al trasladarse a la precitada ciudad trae consigo –Ernest Merimée, Fitzmaurice Kelly...– el manuscrito de la primera parte del *Quijote*.”

en manuscrito antes de su publicación. Interesa, pues, para mantener intactas las posibilidades de que Lenio sea Avellaneda, demostrar que era aragonés. Y a esta tarea voy a aplicarme.

Algunos historiadores, entre ellos Juan Hurtado y González Palencia, Federico Carlos Sáinz de Robles y Ángel Valbuena Prat<sup>4</sup>, coinciden casi con las mismas palabras en afirmar que Lenio es “de Toledo, no aragonés, según se ha creído mucho tiempo”. Valbuena Prat, para respaldar su aserto, dice que debe consultarse el trabajo de Ángel Lacalle en *Revista Calasancia*, 1925. Hurtado y González Palencia debieron tener también en cuenta este trabajo de Lacalle, de quien dicen está preparando una edición crítica de las obras de Lenio.

Gregorio Jiménez Salcedo, catedrático de Literatura, que fue director del Instituto de Calatayud, me facilitó la siguiente cita sobre Lenio, espigada de la edición crítica de *La Galatea* de Cervantes<sup>5</sup>:

Hijo de Roque [omito los apellidos en esta ocasión y en las siguientes] y de Águeda, vecinos de Toledo. En 1589 estaba en Madrid, y era Gobernador del Condado de Gálvez. Después fue secretario de D. Francisco de los Cobos, Marqués de Camarasa. Residió también en Zaragoza, de donde se le ha creído natural, aunque él nació en Toledo. Murió en Madrid, a 25 de julio de 1607<sup>6</sup>.

El profesor Ladislao Pérez Fuentes, después de consultar el libro de Pérez Pastor citado en la nota, en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, me facilitó las noticias que figuran en él sobre Lenio, de las que

<sup>4</sup> Ángel Valbuena Prat, *Historia de la Literatura*, Barcelona, G. Gaya, 1960, 6ª edición, II tomo, págs. 270–271. Juan Hurtado y J. de la Serna–Ángel González Palencia, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, “S.A.E.T.A.”, 1943, 5ª edición, pág. 554. Federico Carlos Sáinz de Robles, *Historia y Antología de la Poesía Española*, Madrid, Aguilar, 1955, 3ª edición, pág. 118.

<sup>5</sup> Miguel de Cervantes, *La Galatea*, Madrid, edición de Shevill y Bonilla, 1914, tomo II, pág. 319.

<sup>6</sup> Esta información, según consta en una nota, ha sido sacada de Cristóbal Pérez Pastor: *Bibliografía madrileña del siglo XVI*, Madrid, 1891, 1ª ed., tomo III, págs. 412-413.

transcribo solamente los párrafos que aportan algo interesante al tema que nos ocupa:

*Licenciado Lenio. Documentos*

1º.— “Carta de pago de Lenio, Gobernador del Condado de Gálvez, estante en la corte (en nombre del conde de Belchite y Gálvez)..., etc. Madrid, 20 de junio de 1589.”

6º.— “Carta de pago de Lenio, estante en la corte (en nombre de Águeda, viuda, su madre) a favor de..., etc. Madrid, 17 de abril de 1595.”

7º.— “Carta de pago de Lenio, estante en la corte (en nombre de Águeda, viuda, mujer que fue de Roque, difunto, sus padres, vecinos de Toledo)..., etc. Madrid, 17 de abril de 1595.”

8º.— “Poder del Licenciado Lenio, clérigo presbítero, residente en Madrid, al Dr. Angulo, alcalde de alzadas de la ciudad de Toledo, para vender un censo de 500 ducados de principal que heredó de su madre Águeda. Madrid, 16 de septiembre de 1603. (Francisco Cuéllar 1601-1606, folio 680)”

10º.— “Partida de defunción: En 25 de julio de 1607 falleció en la Cava de San Miguel el licenciado Lenio, clérigo presbítero, capellán mayor de la iglesia del Santísimo Sacramento de la Villa de Torrijos, recibió todos los Sacramentos, hizo testamento ante Pedro de Ibarra, escribano real, su fecha en esta villa a 14 de julio de 1607, dejó por sus albaceas al secretario Juan Lorenzo de Villanueva del Consejo de Aragón y al Licenciado Diego Nieto de Mojica y a Roque Paredes. Mandóse enterrar en el monasterio de la Trinidad. Mandó 100 Misas del Alma, mandó a la obra de Nuestra Señora de Atocha 24 reales y a la canonización de San Isidro 3 ducados.

(*Archivo parroquial de San Miguel*).

El conocimiento de estas noticias permite sospechar con fundamento que, a partir de ser publicadas por Pérez Pastor en 1891, comienzan las dudas sobre el origen de Lenio, y que dichas noticias (aunque hay mucho que puntualizar sobre ellas, como vamos a ver) han sido decisivas para que lo consideren de Toledo los autores citados, quienes no aportan más datos y publicaron sus obras con posterioridad, lo que hace suponer que han bebido de esta fuente o de ella a través de Ángel Lacalle.

De las noticias que suministra Pérez Pastor, se deduce que los padres de Lenio eran vecinos de Toledo en 1595. ¿Pero desde cuando lo eran? Porque el ser vecino de una ciudad no implica que se haya nacido en ella. Otra cosa sería que en la época en que se supone que nació Lenio (hacia 1550) se atestiguará que sus padres eran vecinos de Toledo y, aún así, no se puede asegurar solamente por ello que nuestro poeta nació en la Ciudad Imperial. Caben, para corroborar esta teoría, muchas suposiciones lógicas. Como lo único comprobado es la vecindad toledana de Roque y Águeda en su vejez o en los umbrales de ella, se puede admitir como verosímil que se trasladaran junto al hijo que se encontraba espléndidamente situado en Madrid. También pudo vivir, más o menos habitualmente, en Torrijos, donde ostentó el cargo de Capellán Mayor de la Iglesia del Santísimo Sacramento; y acaso en el cercano Toledo.

A falta del argumento irrefutable de su partida de bautismo, o de algún otro con el mismo valor, pesan más a favor de un Lenio bilbilitano, por su cantidad y calidad, las referencias y citas que siguen:

Félix Latassa, en su *Bibliotecas Antigua y Nueva de Escritores Aragoneses*<sup>7</sup>, afirma:

“Natural de Calatayud, donde en su tierra es ilustre el blasón de la faja roja en campo de oro de los caballeros de este

<sup>7</sup> Latassa, D. Félix: *Bibliotecas Antigua y Nueva de Escritores Aragoneses*, aumentadas y refundidas en forma de diccionario Biográfico-Bibliográfico por D. Miguel Gómez Uriel. Zaragoza. Imprenta de Calixto Ariño: tomo I, 1884; tomo II, 1885; tomo III, 1886.

linaje.” Por su parte, Rafael Cano, digno del mayor crédito<sup>8</sup>, corrobora: “Lenio nació en Calatayud a mediados del siglo XVI”.

El escritor e historiador bilbilitano Vicente de la Fuente, autor de cerca de medio centenar de libros (entre ellos *Historia Eclesiástica de España*, *La Virgen María y su culto en España*, dos tomos; *Historia de las sociedades secretas*, *Doña Juana la Loca*, etc.) en su *Historia de Calatayud*<sup>9</sup>, manifiesta:

*Personajes célebres a finales del siglo XVI*

No faltaron tampoco ingeniosos vates en aquella época de gran esplendor literario para Calatayud; entre ellos descuella Lenio..., [...]

Lo mismo se dice de Lenio, a quien elogiaron Cervantes, Lope de Vega, Vicente Espinel y otros contemporáneos suyos. Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, silva cuarta, dice de él:

Ciudades compitieron por Homero,  
y por Lenio ahora; pues le goza  
Castilla y lo pretende Zaragoza. (1)

(1) Recientemente en el preámbulo de sus poesías, cuya edición ha costado la Diputación de Zaragoza (*Rimas de Lenio*, 1876), en vez de aclarar estos versos de Lope, que sabía muy poco o nada de cosas de Aragón, se han esparcido más nieblas y

<sup>8</sup> Rafael Cano, *Lecciones de Literatura General y Española*, Valladolid, Imprenta de Luis N. Gaviria, 1892, 4ª edición, 2ª parte, pág. 175. (La primera impresión es anterior al citado libro de Pérez Pastor).

<sup>9</sup> “Historia de Calatayud”: *Historia de la siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*, Imprenta del Diario, tomo I, 1880; tomo II, 1881, págs. 328–329.

confusiones sobre este punto, que, para los que sepan el origen de esta familia, tendrá muy pocas dudas.

Lamento decir que no encuentro acertada la opinión de Vicente de la Fuente sobre esta cuestión por varios motivos:

1º.— No cita otro poema de Lope, que figura en la segunda parte de *La Filomena*, en el cual sí que pone en duda el origen aragonés de Lenio:

Oh, tú, Lenio, que injustamente  
quiere el Ebro usurparte  
como Calabria a Tí tiro Divino,  
preciado de tu origen para darte  
lo que de ti recibe.  
Pero responde el Tajo cristalino  
que por tus versos vive  
y te vio nacer sobre sus ruedas  
donde devana eternamente plata.

¿Acaso quiso decir el Fénix en estos versos, que el Tajo lo “vio” nacer como poeta, o “vio” el comienzo de su fama, cosa muy posible?

2º.— De cualquier manera, el anterior poema queda anulado por el otro de Lope, el que cita precisamente D. Vicente; aunque nuestro historiador cortó el poema de una forma arbitraria y contraproducente, ya que el primer verso omitido, que sigue al citado por él, es fundamental para demostrar lo contrario de lo que opinaba:

... pues le goza  
Castilla y lo pretende Zaragoza.



Aquí finaliza la cita de Vicente de la Fuente, y los versos omitidos son los que siguen:

y el Ebro claro, *a quien vio primero*;  
ingenio raro y dulce, aunque severo,  
que jamás habla cosa, que no fuese  
o sentencia o donaire  
que nunca fue desaire  
la gravedad mezclada con el gusto.

Volviendo al libro *Rimas de Lenio*, editado por la Diputación de Zaragoza<sup>10</sup>, diré que hay muchos datos que ponen de manifiesto la condición aragonesa de Lenio. El primero y principal la propia edición del libro, que se justifica en el “Preliminar” con los siguientes párrafos:

La república literaria y más en especial *el reino de Aragón*, tenían pues, en cierto modo, pendiente una deuda sagrada con uno de *sus hijos más insignes* y desfavorecidos, y ocasión más propicia y oportuna de satisfacerla que la publicación de la presente Biblioteca, no podía en verdad deparársenos: he aquí por qué nosotros con mejor intención que suficiencia y tiempo para ello, nos dedicamos a reunir cuantas noticias y obras pudimos allegar de tan notable ingenio.

Y poco más adelante, viene este otro párrafo:

Si no a la medida de nuestros deseos, a lo menos, a la de nuestras esperanzas, terminamos la parte principal de nuestro empeño, consiguiendo elevar el número de sus composiciones ciertas e indubitadas desde las dos comprendidas en las Flores de poetas

<sup>10</sup> *Rimas de Lenio*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1876, páginas 11 y siguientes.

ilustres, de Pedro Espinosa, que hasta ahora venía siendo su único título de gloria, hasta el número de más de 50, menguado en verdad para la fama del fecundo *vate bilbilitano*, pero suficiente para asegurar su reputación y memoria libre de la ambigua oscuridad que lo rodeaba.

Al final del libro figura la siguiente “Adición”:

Aún no terminada la impresión de estas poesías, cuando nuevos datos han venido a confirmarnos una vez más en nuestra opinión, acerca del gran prestigio y renombre que gozó Lenio en su tiempo; véase si no la siguiente anécdota que D. Francisco de Aragón, Conde de Luna, refiere en sus “Comentarios” manuscritos (folio 149), Biblioteca Nacional:

Estando un día el Rey comiendo llegó Villandrando, un músico que holgaba acudiese a su cámara, porque lo hacía con particular gracia, y S. M. gustaba de oír romances antiguos; y por entonces había compuesto *Lenio, un poeta aragonés de buen gusto*, un romance a lo antiguo... Este romance, como era cosa nueva, cantó al Rey, estando comiendo Villandrando, entre otros.

Al Rey le gustó mucho el romance y dijo era “de hombre de buen entendimiento”. El romance puede pertenecer a algunas comedias del Cid, citadas más adelante, que se atribuyen a Lenio.

En las *Bibliotecas* de Latassa (T. II, pág. 140), vienen también noticias sobre la carta que el Dr. D. Andrés Ustarroz escribió al cronista Sayas (fecha en Zaragoza el 16 de octubre de 1651), que, entre otras cosas, decía:

... que D. Francisco de Aragón, Conde de Luna, escritor de los Comentarios de sucesos de este reino en los años 1591–592, conoció en este tiempo a nuestro Lenio, a quien puede ponerlo *entre los poetas aragoneses*, de los que Sayas parece quería tratar.

El propio Dr. Andrés Ustarroz, en su *Aganipe de los cisnes aragoneses en el clarín de la fama*<sup>11</sup>, amplifica el citado panegírico del *Laurel de Apolo*, de Lope en la siguiente silva que escribió en loor de los poetas aragoneses:

Las elegantes sienes  
Apolo de sus délficos desdenes  
de *Lenio* [...]  
hermosea y enlaza,  
aquel ingenio que admiró Castilla,  
y del Darro en la orilla  
cantó profundamente:  
del claro Manzanares la corriente  
aplaudió sus concetos  
elegantes, clarísimos, perfectos,  
y al fin del gran Filipo la prudencia  
celebró la dulzura, y la sentencia  
dígalo Ximena,  
aquella lastimosa cantilena,  
que suspendió su oído,  
en un acento, y otro repetido,  
y de quien dixo la profunda Vega  
que el Pindo con sus dulces aguas riega;  
Ciudades compitieron por Homero,

<sup>11</sup> *Aganipe de los Cisnes Aragoneses en el clarín de la fama*, por el Dr. Juan Francisco Andrés de Ustarroz, Zaragoza, Tip. de Comas Hermanos, 1890, 2ª edición, págs. 35–36.

y por Lenio ahora, pues le goza  
 Castilla y le pretende Zaragoza,  
 y el Ebro claro, a quien vivió primero  
 ingenio raro, dulce, aunque severo:  
 que tales alabanzas merecía  
 quien hizo sentenciosa la Poesía.

Por si estas pruebas no fueran suficientes, contamos con el doble testimonio de Baltasar Gracián, bautizado en 1601 (y seguramente nacido) en Belmonte de Calatayud, poco antes de que muriera Lenio. La madre de Gracián era de Calatayud y está enterrada, junto a su marido, en una capilla de la Iglesia de San Andrés, de su ciudad natal.

Las citas de Gracián son claras y concluyentes. Ambas aparecen en su *Agudeza y Arte de Ingenio*. La primera, del “Discurso XXIX. De la agudeza sentenciosa”<sup>12</sup>, dice así: “Realzó lo sentencioso con lo ingenioso, *nuestro insigne bilbilitano Lenio* en todas sus obras juicioso, por no desmentirlo de *poeta aragonés*, y entre más de cien epigramas, todos selectos y conceptuosos, cantó así a un desengaño [con un soneto, cuyos dos primeros versos son]: Si el que es más desdichado alcanza muerte /ninguno es con extremo desdichado,”

La segunda cita, del “Discurso XLIII. De la agudeza de los apodos”<sup>13</sup>, es la siguiente: “De muchos apodos juntos se hace una artificiosa definición del sujeto, que llaman los retóricos “*aconglobatis*”, y no son otra cosa que muchas metáforas breves y símiles multiplicados, como se ve en este epigrama de *nuestro bilbilitano Lenio* [que comienza]: “Es la amistad un empinado Atlante, /en cuyos hombros se sustenta el cielo; Nilo, que por no regar el patrio suelo, / sale de madre, repartido ante:”

Hasta aquí he aportado todos aquellos datos tendentes a documentar y demostrar el origen bilbilitano de Lenio. A continuación, de

<sup>12</sup> Baltasar Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, Madrid, Espasa y Calpe, S.A., 1957, 4ª edición, “Colección Austral”, pág. 204.

<sup>13</sup> *Agudeza y arte de ingenio*, págs. 290–291.

los mismos libros citados, espigo y reúno todas aquellas referencias y noticias con el objeto de completar la biografía de nuestro poeta.

Ningún autor de los consultados cita con exactitud el año de su nacimiento. Coinciden todos en que fue a mediados del siglo XVI. Nacido en el seno de una noble familia, afincada en Calatayud desde que Alfonso “El Batallador” reconquistó esta ciudad a los moros; al no ser el primogénito y no contentarse como segundón, sin privilegios ni fortuna, se marchó del hogar. Según Latassa<sup>14</sup>:

“Residió en Zaragoza, Alcalá, Madrid, Granada [de donde proviene el moro Tarfe del apócrifo] y otras partes, no se sabe con qué destinos, y siempre los tuvo su ingenio, su literatura [parece referirse a que cultivó otros géneros además de la poesía] y sus versos, como lo manifiesta el *Cancionero general*...”.

Protegido del Marqués de Camarasa, de quien posteriormente fue su secretario, siguió la carrera de las armas y formó parte de las Guardias Reales de Felipe III, de quien llegó a ser su capitán predilecto, en la famosa Guardia Amarilla de El Escorial. Estudió Cánones en Salamanca. Fue Gobernador del Condado de Gálvez. También clérigo presbítero y capellán mayor de la iglesia del Santísimo Sacramento de Torrijos (Toledo). Y recorrió la mayoría de las ciudades de España hasta que se afincó en la Corte, integrado en su ambiente cortesano.

Gracias a su ingenio, a su valentía y a su don de gentes, supo ganarse Lenio un puesto privilegiado. Destacó como poeta y estaba considerado como uno de los autores de comedias más famosos de entonces, pero por desgracia, se han perdido estas obras o se atribuyen a otros autores. “Fue uno de aquellos insignes varones que, a finales del siglo XVI, se afanaban por engrandecer la Talía española, estableciendo sobre sólida base los fundamentos de nuestro espléndido Teatro nacional. El célebre representante Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*,

<sup>14</sup> Félix Latassa: “*Bibliotecas Antigua y nueva de Escritores Aragoneses*”, aumentadas y refundidas en forma de Diccionario Biográfico–Bibliográfico por D. Miguel Gómez Uriel. Zaragoza. Imprenta Calixto Ariño: Tomo I, 1884; tomo II, 1885; tomo III, 1886. Tomo II, p. 140.

impreso por primera vez en 1603, le cita entre los autores de comedias más famosos de su tiempo.” Lope de Vega, en carta dirigida al Duque de Sessa, dice que vio representar seis comedias, entre ellas dos del Cid; y Cayetano A. de la Barrera sospecha si serán de Lenio dos de las comedias atribuidas a Lope de Vega en el *Raro libro*: “Comedia de la libertad de Castilla” y “Las hazañas del Cid y su muerte en la tomada de Valencia”.

La fama y la autoridad que en su tiempo obtuvo Lenio como poeta lírico y dramático, le rodeó de un gran número de adeptos e imitadores, designados con el nombre de “Leniados”, cuya significación en nuestra historia literaria no podemos precisar de manera exacta; pero que, al menos, nos da pruebas del prestigio de que gozaba, considerándosele modelo y fundador de escuela.

Otros testimonios de la valía de Lenio los tenemos en la coincidencia de los múltiples y fervientes elogios que le dedicaron sus contemporáneos, entre los que se encuentran los más ilustres escritores de nuestro Siglo de Oro.

Algunas de las citas que figuran en el citado libro de *Rimas*, editado por la Diputación de Zaragoza, son las siguientes:

Miguel de Cervantes, el más ilustre de los ingenios españoles, le dedica en el *canto de Calíope*, que forma parte de su novela pastoril la *Galatea* (2) la siguiente octava:

El sacro Ibero, de dorado acanto  
de siempre verde yerba y blanca oliva,  
su frente adorne, y en alegre canto  
su gloria y fama para siempre viva:  
pues su antiguo valor ensalza tanto  
que el fértil Nilo de su nombre priva,  
de [...] Lenio, la sutil pluma,  
de todo el bien de Apolo cifra y suma.

(2) Alcalá. Juan Gracián, 1588.8°.

Como se ve por su referencia al “sacro Ibero”, al Ebro, creía Cervantes que Lenio era aragonés. En 1591, Vicente Espinel, en su poema la “Casa de la Memoria”, dice:

¡Oh, tú Lenio!, que desde el monte  
espías  
los que en la falda por subir se quedan,  
y en el estilo a que agrandando aspiras  
con dulce engaño a imitar se enredan;  
lleva el genio con que el mundo  
admiras,  
por los caminos que a los más se vedan,  
que por cualquiera hallarás abierta,  
entrada fácil y salida cierta.

Los elogios de sus contemporáneos, lejos de terminar con su vida, se acrecentaron con su muerte, y a los ya citados, se unieron los de Quevedo, Ercilla, Figueroa, Pedro de Padilla, el P. Hortensio Félix Paravicino, Ximénez Patón, entre algún otro.

Testimonios tan repetidos y elocuentes de ingenios tan ilustres, entre los que no siempre reinaba la cordialidad, manifiestan sin ningún ápice de duda que el prestigio de Lenio se hallaba por encima de todas las diferencias de apreciaciones y escuelas y sobre todas las sugerencias de la envidia.

Sin embargo, la memoria de Lenio se fue olvidando con rapidez, porque se dejaron perder sus obras y faltó alguien que las publicara oportunamente, y ha llegado a estar en el más completo olvido, hasta que se ocuparon de él Bartolomé José Gallardo y Cayetano Alberto de la

Barrera y, posteriormente, el recopilador de los poemas que publicó la Diputación de Zaragoza, a quien solamente conocemos por las iniciales T. X. E que figuran al final de una “Adición”, que creemos corresponden a Tomás Ximénez Embún.

Por la mínima parte de la obra que ha llegado hasta nosotros, casi en su totalidad incluida en *Rimas de Lenio*, se puede vislumbrar su gran calidad literaria, equiparable a la de sus inmortales contemporáneos que han tenido mejor fortuna y figuran como príncipes de la lengua castellana.

Sus composiciones tienen siempre toda la verdad, toda la lozanía y gala riquísima de la naturaleza; sus romances se confunden con los de Góngora (hasta el punto de que algunos en los que aparece “Selori”, que se creían del poeta cordobés, se ha comprobado que son de Lenio); sus décimas, quintillas y redondillas se pueden comparar con las de Lope; y sus composiciones germanescas con las de Quevedo.

Según el profesor Guillermo Fatás, (*Aragoneses ilustres*, 1985):

Fue un excelente poeta barroco, que destacó en la sátira y en las composiciones líricas. Su obra más conocida —una sátira “Las Bubas” [incluida en el libro del Dr. Torres sobre esta enfermedad]— se leyó mucho en sus días, pero no menos sus romances, sus poemas de amor, sus versos de tema mitológico y sus sonetos.

Lo expuesto hasta aquí, poco más o menos, fue recogido en 1969, en el capítulo dedicado a Lenio, en *Noticia y antología de poetas bilbilitanos*<sup>15</sup>. Y también, con ligeras modificaciones, en *Segunda noticia y*

<sup>15</sup> Antonio Sánchez Portero, *Noticia y antología de poetas bilbilitanos*, Zaragoza, Imp. Tipo Línea, S.A., 1969, págs. 45–57, de 422.



*antología de poetas bilbilitanos*<sup>16</sup>. En esta ocasión incluyo una nota –a modo de acta notarial– donde consigno mi creencia de que Lenio es Avellaneda; y, en ella, prometo reanudar lo antes posible la investigación iniciada hace algún tiempo.

Para ampliar la información y recopilar más datos –antes de avanzar en la investigación no creía que fuera necesario–, he recurrido, en primer lugar, a la citada *Historia de Calatayud*, reuniendo importantes datos desde la aparición en Calatayud de un tal Pier de [...], caballero vascongado, quien vino con otros caballeros vascos a la conquista de Zaragoza y de este territorio, y recibió de don Alfonso el Batallador heredamiento en Calatayud, como infanzón y mesnadero. Murió en 1129 y fue enterrado en San Pedro de los Francos. Tuvo tres hijos, de donde se derivan varias ramas de su descendencia.

Con unos párrafos recogidos de la *Historia de Calatayud* (que en este artículo omito), pretendo poner de manifiesto el origen y el arraigo del linaje de los Lenio en esta ciudad del Jalón, y el destacado papel que han desarrollado en ella alguno de sus componentes. De hecho, el último citado, Gonzalo, que participó en la guerra civil de Calatayud en 1519, por su edad, pudo ser padre o tío de Roque y, por tanto, abuelo o tío abuelo de Lenio. También hay que tener muy en cuenta que una rama de los Lenio

<sup>16</sup> Antonio Sánchez Portero, *Segunda noticia y antología de poetas bilbilitanos*, Zaragoza, Editorial Cometa, 2005, Edición del Centro de Estudios Bilbilitanos, de la Institución “Fernando el Católico”, págs. 53–71, de 500.

El 8 de septiembre de 1966, me publicaron en el Diario “Amanecer” (no se edita desde hace varias décadas), de Zaragoza, el artículo “‘LENIO, POETA (S XVII). Algunos historiadores dicen que nació en Toledo, pero es aragonés, de Calatayud’”. Cuando lo escribí, no tenía tanta información como al redactar ahora definitivamente este capítulo y su apéndice). Este artículo se lo mandé a Federico Carlos Sáinz de Robles el 14 de septiembre de 1966, preguntándole si después de leerlo seguía creyendo toledano a Lenio. El señor Sáinz de Robles, en amable carta, con fecha 6 de octubre, decía: “Le agradezco cordialmente todos los extremos de su noble y simpática carta. Y no sólo no me ha perturbado con ella, sino que me ha prestado señalado servicio. Sus datos sobre Lenio quedan en las ‘capillas’ de mis dos libros (“Historia y Antología de la Poesía Castellana” y “Diccionario de la Literatura, tomo III) para mi atención en próximas ediciones.”

Lo que antecede es el contenido de la nota 5, pág. 57 de *Noticia y antología de poetas bilbilitanos* (1969). Aunque parezca raro, en el día de hoy, todavía no he comprobado si el señor Sainz de Robles tuvo en cuenta mi sugerencia.

se estableció en Cetina, donde este apellido es tradicional y se mantiene en la actualidad.

Hace cincuenta años, el padre escolapio José López Navío (B), (fallecido en 1970), opinaba que:

Lenio es “aragonés”, aunque muchos autores lo hagan toledano, de tierras de Calatayud, y de estas tierras es el seudo Avellaneda, conocedor de *visu* de las riberas del Jalón y de los términos de Ateca, lugar de las hazañas del seudo Quijote<sup>17</sup>.

Voy a transcribir ahora algunos de los datos biográficos que aporta Julián F. Randolph en su libro donde recoge las *POESÍAS de Lenio*<sup>18</sup>, haciendo constar a continuación las observaciones que estimo pertinentes:

1. *Sus padres*. Roque, *natural de Villel de Mesa* [este pueblo, que perteneció a la comarca y a la provincia de Calatayud, se encuentra a unos 25 kms. de Cetina], en la provincia de Guadalajara, fue *criado* del Ilustrísimo Cardenal Arzobispo de Toledo, don Juan Martínez Silíceo. [Así consta en el testamento de Lenio.] Ignoramos cuando entró al servicio del insigne prelado o qué haría después de la muerte de éste en 1557. Lo único cierto es

<sup>17</sup> Miguel de Cervantes Saavedra: *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, tomo I y II, con las “Notas al Quijote” de José López Navío; edición de José Luis Pérez López. Edita Empresa Pública Don Quijote de la Mancha 2005. Nota 70 del cáp. XXXII de la Segunda Parte, tomo II. También dice López Navío, en la nota 50 del cáp. LIX de la Segunda Parte: Lenio “citado varias veces por Gracián, coterráneo suyo y muy admirado por él. Baltasar Gracián nació (1601) en Belmonte [de Calatayud. Así se ha conocido hasta hace pocos años, en que se ha cambiado por “Belmonte de Gracián”], muy cerca de Calatayud, unos años antes de morir Lenio, y en sus años mozos aún escucharía las loas del poeta, nacido con toda probabilidad en Calatayud, o sin duda alguna en sus cercanías.”

<sup>18</sup> *Lenio, POESÍAS*. Edición, introducción y notas de Julián F. Randolph, Zaragoza, Talleres gráficos INO-Reproducciones, S.A., 1982. Biblioteca Universitaria Puvill.

que murió sin testar el 19 de febrero de 1575 y que fue sepultado en Villel.

2. *Lugar y fecha de nacimiento*. Tres han sido los pretendientes a la cuna de Lenio: *Toledo* (Lope de Vega, gran amigo suyo, le relaciona con Toledo en sus obras más de una vez; *Zaragoza* (Juan Francisco Andrés Ustarroz le incluye entre los ingenios naturales de aquella ciudad en una obra escrita h.1652); y *Calatayud* (el padre Baltasar Gracián le llama “*nuestro insigne bilbilitano*”, afirmación recogida por Félix Latassa en el s. XVIII).

Por su parte, José Luis Pérez López (*Una hipótesis sobre el Quijote de Avellaneda: de Lenio a Lope de Vega*, Lemir, 2005), consigna que Roque era “natural de Villel”, y que podría ser Villel la:

... patria de Lenio. Su lugar de nacimiento *exacto* se sitúa en la diócesis de Toledo, quizá la propia ciudad de donde era su madre [¡vaya exactitud!]; pero Villel es el pueblo de su padre; con el que el propio poeta [con Villel] mantiene permanentes relaciones durante toda su vida y al que menciona reiteradamente en su testamento, en el que deja importantes mandas a criados y eclesiásticos de los pueblos de la comarca (V. Randlph).

[Y también que Lenio]: nació en Toledo con toda probabilidad. Su madre era la toledana Águeda y su padre Roque, de Villel, en la diócesis de Sigüenza (pueblo que estaba y está hoy en el área de influencia de la aragonesa Calatayud, de donde quizá procediera la familia [de donde procedía, es lo exacto]. Pero su familia vivía en Toledo donde el padre era criado del arzobispo Juan Martínez Silíceo (1547–1557).

Sería de desear que se hubiese concretado si estas fechas son las del desempeño de su cargo del arzobispo –que es lo más probable–, o indicasen el tiempo que estuvo a su servicio Roque [...]. Lo cierto es que en 1557 falleció el arzobispo y, por lógica, Roque dejaría su cargo y “no se sabe qué haría después”.

Conviene hacer varias precisiones: La familia de Lenio, cuando su padre era criado del arzobispo, antes de que éste falleciese, no podía existir en ningún sitio, porque seguramente no se habría formado dicha familia. Con toda prudencia del mundo, y asumiendo que puedo estar equivocado, me voy a permitir varias reflexiones:

No encaja que el cargo de “criado” fuese el que recoge el diccionario de la RA en su tercera acepción: “Persona que sirve por un salario, y especialmente la que se emplea en el servicio doméstico”, porque este ínfimo empleo no es para resaltarlo; y, además, de haberlo desempeñado, no le daba opción a contraer matrimonio con una Águeda que, según Randolph<sup>19</sup>:

... fue fiel amiga de dos familias importantes. Con doña Elvira Carrillo de Córdoba empieza una amistad que iba a durar por tres generaciones. Esta ilustre señora fue aya de las infantas doña Isabel Clara Eugenia y doña Catalina Micaela, y nuera de don Bernardino de Mendoza, Capitán General de la Mar y hermano del famoso poeta y diplomático Diego Hurtado de Mendoza. A la nieta de doña Elvira, doña Ana de la Cerda, segunda condesa de Galve la unían con Águeda las inclinaciones más afectuosas. Para conmemorarlas, en su testamento doña Ana le manda mil ducados más cincuenta ducados anuales por sus días y vida. Otra familia importante, por su papel en la vida económica de Toledo, fueron los Cernúsculos... En su testamento, Águeda nombra a Lorenzo Cernúsculo por uno de sus albaceas, y se acuerda de una sobrina de éste, doña Margarita, una de sus compañeras más entrañables, en varias mandas del mismo documento.

Por lo expuesto, estimo, más bien, que el cargo de “criado” equivaldría a consejero, apoderado, secretario, mayordomo, hombre de confianza o al que hoy en día se conoce como un “familiar”. Esta persona no tenía por qué ser sacerdote, aunque son muchos los clérigos que entonces como ahora ejercían como tales. En este caso, ¿cuál era el estado civil de Roque?, ¿desde cuándo estaba al servicio del Arzobispo hasta

<sup>19</sup> Randolph, obra citada, esta información y siguiente en págs. 11–12 y 24–25.

1557? Me temo que será muy difícil averiguar estos interrogantes. Lo más probable es que en esta época conociera a Águeda y contrajeran matrimonio.

Se creía, (*Historia de Calatayud*), “que al no ser Lenio el primogénito y no contentarse como segundón, sin privilegios ni fortuna, se marchó del hogar”, ¿y si no fuese Pedro, sino su padre don Roque quien tuvo que tomar esta actitud? De ser así, Pedro no estaría desvinculado con Calatayud, donde seguirían sus raíces, se encontrarían sus abuelos y parientes directos y, acaso, poseería pertenencias e, incluso, recayese sobre él alguna herencia en esta ciudad. Por tanto, a los lugares de su posible nacimiento, Villel de Mesa y Toledo, habría que añadir Calatayud.

Hay un hecho palmario: aunque los investigadores aquí citados dan por verdadero que Roque [...] es natural de Villel, lo único documentalmente cierto que se sabe, por su partida de defunción, es que: “En diecinueve días del mes de febrero de mil y quinientos y setenta y cinco, falleció Roque de [...], *vecino de esta villa* [de Villel].” Y el ser “vecino” no quiere decir que se haya nacido, que se sea natural de esa localidad.

Respecto al lugar de origen, de nacimiento de Lenio, Randolph en su enjundioso y magnífico libro, no consigue desembrollar la cuestión, por cuanto:

Señalemos desde un principio que no existe una partida en el primer libro de bautismos de Villel (4 de junio de 1534 al 8 de abril de 1617) que pueda ser de Lenio, [si bien faltan los folios correspondientes] a los primeros ocho meses de 1555; y a los últimos diez meses de 1557.

El segundo problema es de distinguir, de entre muchos asientos tocantes a [...] Lenio (nombre y apellido frecuentes en los libros parroquiales), cuáles pueden relacionarse con el poeta. [¿Cuánta es la frecuencia?, ¿cuántos son los muchos asientos? –al ser un pueblecito con una sola iglesia–, ¿no estamos con los cinco libros en un solo tomo?, ¿para qué sirve el segundo apellido?] Tres de ellos son los más verosímiles. En agosto de 1566, junio de 1573 y mayo de 1580 un Lenio *estudiante*, presencia bautismos. Sabemos documentalmente que nuestro joven poeta asistía a la Universidad

de Salamanca en 1573 y 1579; es fácil que cursara clases preparatorias en 1566.

Aunque nos anticipamos al hablar de su época salmantina, conviene destacar ahora dos peculiaridades de las siete matrículas que le pertenecen. En seis de ellas figura como natural de Toledo. La excepción a toda la serie es la primera, pues para el curso 1573–1574, leemos, “Lenio [...] de Vil[l]el dioc[esis] de Sigüenza”. También discrepa de las demás porque no consta la usual abreviatura de *natural* antes de la villa o ciudad. La omisión puede ser un sencillo descuido del escriba, pero no es menos posible que el estudiante primerizo ignorara que hacía falta dar su lugar de nacimiento en vez de su residencia más frecuente o acostumbrada.

Sin dar por definitivamente concluido el asunto, todas las materias exhumadas nos inclinan a poner un nombre más en la lista de los hijos célebres de Toledo. Si no nació en Villel, desde niño pasó temporadas más o menos extensas entre parientes y conocidos. Y aunque se haga caso omiso de los folios extraviados del libro parroquial de Villel, es lógico que el joven canonista no hubiera visto pasar más de dieciocho abrilés antes de 1573.

Luego, si comenzó a estudiar con dieciocho años, habría nacido en 1555, si con 16 años, en 1557; y si con catorce, fecha que se solía tener – según Randolph – al comenzar los estudios universitarios, habría nacido en 1559. Pero en una nota correspondiente a este último párrafo, Randolph, añade:

Gracias a la bondad de los señores curas actuales [1982], hemos podido examinar los pocos libros que se conservan de las antiguas parroquias toledanas, excepción hecha de los documentos que vinieron a parar al archivo de Santiago del Arrabal. Sin embargo, el profesor D. Joaquín Sánchez Romeralo, quien ha pasado largos años en las bibliotecas y archivos de Toledo, nos comunica que no ha topado con ningún dato relacionado con Lenio [¿con ningún Lenio?]

en los libros de bautismos, matrimonios y defunciones de dicha iglesia.

De los documentos recogidos por Randolph al final de su libro, relativos al lugar donde pudo nacer Lenio, entresaco las siguientes notas: En una “Información hecha a pedimento de Lenio para ordenarse de clérigo presbítero. Madrid, 30 de noviembre 1600 – 16 febrero 1601”, dice el interesado, dirigiéndose a un Ilustrísimo y Reverendísimo Señor y suplicándole que “atento a que *soy natural de esta diócesis* y a que vivo en ella de doce años a esta parte...” Y en una nota a esta petición “[De otra mano, al pie del folio:]... Es hijo de *vecinos* de Toledo y él es también *vecino*.”

Sobre esas aportaciones de Randolph, que he preferido transcribir juntas, creo conveniente efectuar algunas puntualizaciones: Dice que “de las siete matrículas que le pertenecen, en seis de ellas figura como natural de Toledo”, y creo, que al igual que cita literalmente la excepción, donde “no consta la usual abreviatura de *natural* antes de la villa o ciudad”, debería haber escrito literalmente una de las seis inscripciones, para saber qué expresión constaba en ellas, si efectivamente era “natural”, o “vecino”, o “residente” o alguna otra. Porque la única que denota su origen indubitadamente es la de “natural”.

Ante esta ambigüedad o falta de precisión, cabe la posibilidad de que Lenio dijera que es “*natural de esta diócesis*”, por pura conveniencia para mejor lograr sus planes o defender sus intereses.

Por tanto, mientras no se encuentre su partida de nacimiento o algún otro documento que de forma fehaciente determine el lugar exacto de su nacimiento, en virtud de los indicios, datos y abundantes testimonios que he ofrecido, que no son baladíes, creo sinceramente que se debe considerar a Lenio bilbilitano, hasta que se confirme documentalmente que no es así.

Sobre lo que pudo suceder, a tenor de los datos confirmados y otros posibles y verosímiles, se pueden elaborar numerosas hipótesis. Una de ellas es la siguiente:

Es indudable que los Lenio tienen acreditado su asiento en Calatayud hasta mediados del siglo XVI. Cabe la posibilidad de que Roque, como segundón, se viese precisado a marcharse de Calatayud a Toledo, al servicio del Cardenal Arzobispo, y contrajo matrimonio en esta

ciudad. Pero, de ser cierto lo apuntado, lo más seguro es que sus padres, los abuelos de Lenio, vivirían en Calatayud; así como el mayorazgo. Pero es probable y hasta posible que Roque tuviese en esta ciudad alguna propiedad. Y cabe que por fallecimiento del mayorazgo, les correspondiese toda o parte de la herencia. Y que tuvieran parientes en Cetina, donde también había arraigado una rama de los Lenio. Y asimismo cabe la posibilidad de que contasen con algún pariente o alguna propiedad en el cercano pueblo de Villel de Mesa. Y que como los veranos en Calatayud y en Cetina son tórridos, los pasasen en un lugar más fresco como Villel. Todos estos lugares citados se encuentran dentro de un espacio no mayor de unos 60 kilómetros cuadrados. Las combinaciones, especulaciones y elucubraciones que se pueden plantear son muchas. E, insisto, mientras no se encuentre ese documento, no se puede precisar el lugar exacto de su nacimiento y me remito a lo tan reiteradamente dicho.

Tampoco, por los datos obtenidos por Randolph se puede concretar la edad de Lenio. Hemos visto que, según la edad en que comenzara sus estudios en Salamanca, podría haber nacido entre 1555 y 1559. Lo más probable es que fuese después de 1557, cuando su padre, por el fallecimiento del Cardenal Arzobispo, dejase de ser su criado.

Con motivo de una información sobre la legitimidad y limpieza de sangre de Justo Pastor Morales para ordenarse sacerdote, en septiembre de 1600, dijo Lenio “ser de edad de más de treinta y cinco años”, por lo que por lo menos, habría nacido en 1565. Pero hace notar Randolph que su condiscípulo Bartolomé Leonardo Argensola, a la misma pregunta, contestó “de más de treinta” y como había nacido en 1552, tenía 39 años. El mismo Lope se atribuye seis años menos en una ocasión. Como señala Randolph: “Los tres no hacían sino seguir una costumbre universal, común a todas las épocas y lejos de ser propiedad exclusiva de las mujeres.” Por lo que Lenio, si tenía 35 años, habría nacido en 1565; y si tenía más años, por ejemplo 40, en 1560, y en fecha anterior, cuantos más años tuviese en realidad.

Para precisar y ampliar la biografía de Lenio, tengo que recurrir a Randolph, y a él se debe los datos que siguen, extractados de su libro:

Estudió el bachillerato en Salamanca y, en vez de cinco años, tardó nueve en graduarse, y coincidió con Góngora y con Bartolomé Leonardo Argensola. No alcanzó el título superior de Licenciado en Salamanca. Acaso lo consiguió en Sigüenza o en Alcalá de Henares. O, es



fácil, que se arrogase este título para dar mayor autoridad a su persona, costumbre muy de la época.

No sería extraño que Lenio estuviese en Lisboa en 1587 y que se alistase en la empresa naval de la “Armada invencible” contra Inglaterra, lo mismo que hicieron sus amigos Lope, Luis de Vargas Manrique, Félix Arias Girón y tantos otros.

En 1589, desempeñaba el cargo de Gobernador del condado de Galve<sup>20</sup>, al que había llegado por la relación entre su madre y doña Ana de la Cerda, la condesa. Por aquel tiempo iba creciendo su fama como poeta, y reforzándose su amistad con Lope de Vega, con quien pudo coincidir a partir de 1592, en Alba de Tormes, donde Lope estaba desterrado.

Es posible que Lenio estuviese afiliado a la *Academia de los Anhelantes* de Zaragoza, calificada como la más importante entre las sociedades regionales después de la *Academia de los Nocturnos* de Valencia, lo que da motivo para admitir su presencia en la ciudad del Ebro, avalada también por su servicio a don Francisco de Híjar, a quien posiblemente acompañara en los viajes que hacía a posesiones de Aragón y, por supuesto, a Zaragoza; pero en Madrid y en Toledo es donde transcurría la mayor parte de su tiempo.

Encuentra un mecenas Lenio en don Francisco de los Cobos y Luna, segundo Marqués de Camarasa y Conde de Riela, quien al ser designado capitán de las Guardias Españolas del Rey, lo nombró como secretario suyo y de las Guardias, cargo que desempeñó durante poco más de cuatro años.

En 1601 es ordenado como clérigo presbítero en Toledo y es posible que recibiese el hábito tan deseado de manos del Primado de las Españas, don Bernardo de Sandoval y Rojas. En septiembre de 1604 entra al servicio del joven don Jorge de Cárdenas Martínez de Lara, cuarto duque de Maqueda. Y al año siguiente, el duque, como patrono de la

<sup>20</sup> En los documentos citados al principio figura Lenio como Gobernador del Condado de Gálvez (Toledo). En el libro *Rimas* editado por la Diputación Provincial de Zaragoza no se consigna este dato. Sin embargo, para Randolph es Gobernador del Condado de Galve (Guadalajara). Creo que este investigador está en lo cierto por la relación que existía entre doña Ana de la Cerda, segunda condesa de Galve con Águeda, la madre de Lenio. Este mismo, en su testamento, deja un legado a doña Jerónima de Híjar y de la Cerda, condesa de Galve.

iglesia del Santísimo Sacramento de su villa de Torrijos, le nombra capellán mayor. En la primavera de 1607, según palabras de Randolph:

... está disfrutando de los pequeños solaces y de la tranquilidad del ambiente torrijeño. Hasta ahora ha dado abasto a los asuntos de la iglesia y a los del duque sin estar a la mira de los suyos propios. Al llegar el mes de abril, le viene a la memoria el caso de su padre, quien no había tenido la oportunidad de preparar su alma para la inesperada pero siempre inevitable llegada de la muerte.

Al redactar su testamento y última voluntad, pasan ante sus ojos los individuos que le han dado inspiración, protección o amistad, jóvenes y viejos, literatos destacados y humildes curas villanos. Cuando pide que se le entierre en la iglesia del Santísimo Sacramento, no había pensado en ausentarse una vez más de Torrijos. Ello es, que cae gravemente enfermo en Madrid en julio, donde a catorce días del mes, en una voz ahogada por el dolor dicta su codicilo, firmándolo con mano temblorosa. Sin otras modificaciones esenciales de su testamento, pide que le sepulten en la iglesia de la Santísima Trinidad de Madrid y cambia de albaceas. Once días después le llega el momento de su último viaje.

El 25 de julio de 1607 fallece el criado de tres familias ilustres: el amigo de los famosos y el protector de los humildes; el poeta cuyas obras habían sido las delicias de todo el mundo. [Pág. 24].

Lenio fue un poeta de gran categoría, al que no se le ha hecho la justicia que merece. Le gustaba un estilo de vida libre de preocupaciones y dificultades. Fue uno de los principales creadores del “Romancero nuevo” y, al igual que su amigo Lope, escribió numerosos romances pastoriles (treinta y cuatro conocidos) y no pocos moriscos (once). También se expresó en romances satírico-burlescos que no van a la zaga de las creaciones de Góngora y Salinas. En *La dama boba* (acto III, escena III), Octavio, al relacionar diversas obras con sus autores, dice:

...; obras de Luque; / cartas de don Juan de Arguijo; / *cien sonetos de Lenio*, / obras de Herrera el divino, / el libro del *Peregrino* [de Lope] / y el *Pícaro*, de Alemán.

Es lamentable que no se encargara él mismo de la publicación de sus obras, y que tengan los estudiosos e investigadores que ir recuperándolas poco a poco, salvando un sinfín de dificultades. Pero está en camino hacia su total y completa reivindicación.

Por lo expuesto estimo que, mientras no se demuestre lo contrario, debe considerarse a Lenio aragonés –una condición capital marcada por Cervantes–, que fue sacerdote y graduado en Teología. También, que conoce a la perfección, por haberlos vivido, los escenarios donde transcurre la acción del *Quijote* de Avellaneda, en especial Toledo, Alcalá, Madrid, Zaragoza; y Ariza y Ateca, el valle del Jalón, en la Comarca de Calatayud, su ciudad natal. Las referencias en la novela a la Colegiata del Santo Sepulcro, al poner en escena a “dos canónigos del sepulcro de Calatayud y un jurado de la misma” y al citar a la “Cofradía del Santo Rosario”<sup>21</sup>, especificando que la componían ciento cincuenta hermanos son motivos relevantes, que denotan un profundo conocimiento de Calatayud, sólo reservado a quien tienen una íntima relación con esta ciudad, pues la primitiva iglesia mudéjar del Santo Sepulcro se estableció en 1146, y sobre su solar y sus restos se comenzó la construcción de la actual Colegiata en 1605 (poco antes de que falleciese Lenio), que finalizó en 1613.

Además, reafirmando mi apreciación, en este mismo episodio, al referir Sancho que uno de los canónigos estudió en Salamanca: “—... si Dios me diera algún hijo en Mari Gutiérrez, que lo tengo de enviar a estudiar a Salamanca, do como este buen padre, aprenderá teología,...”, me inclina a admitir la posibilidad de que Lenio puede ser protagonista de su propia novela, pues, como es sabido, se doctoró en Cánones por la Universidad de Salamanca.

Estas citas que, para el curso de la novela son irrelevantes, no aportan nada y podrían muy bien haberse suprimido, tienen para mí una

<sup>21</sup> Esta cofradía pudo tener su sede en la capilla del mismo nombre de la Iglesia de San Pedro Mártir de Dominicos, erigida a expensas de Benedicto XIII, el Papa Luna, y lugar donde estaban enterrados sus padres. Fue demolida a mediados del siglo XIX.

explicación: Que el autor quería subrepticamente dejar constancia y resaltar la existencia de Calatayud; afirmar que conocía esta ciudad sin descubrirse, sin soltar prenda. ¡Y tanto que la conocía, pues en el caso – hipotético– de que no hubiese venido en ella al mundo, allí tenía sus raíces!

A más abundamiento, la capacidad y calidad literaria de Lenio es avalada y alabada por sus coetáneos, algunos de ellos los escritores más ilustres del siglo de oro. Dominaba el latín. Era excelente poeta. Fue afamado autor de comedias, alguna, como hemos indicado, atribuida a Lope de Vega. Desempeñó el ejercicio de las Armas como capitán de las Guardias Españolas y puede considerársele hombre de gobierno y de mundo. Recorrió la mayoría de las ciudades de España. Estudió Cánones en Salamanca. Vivió en Valladolid. Estuvo especialmente relacionado con Zaragoza. Fue gobernador del Condado de Galve; y capellán mayor de la iglesia del Santísimo Sacramento de Torrijos (Toledo), y vivió y falleció en Madrid.

Pero esto no es todo. Recorriendo el camino que nos va a llevar a la resolución del enigma de Avellaneda, hay muchas cosas dignas de ser reseñadas. Por ejemplo: Salvo los protagonistas Don Quijote y Sancho, en la obra de Avellaneda, el personaje principal es don Álvaro Tarfe. Pues bien, junto a este personaje literario, aparecen en esta obra con profusión otros como Zaida, Zaide, el Rey Marsilio, Cegrías, Zegrí, Gomeles, Abencerrajes, Maestre, Machuca, Bravonel de Zaragoza, Garcilaso, Almoradí, Abenámbar, Quiñonero, Muza, Galaor, y algún otro.

Quien emplea estos nombres, así como los de Ariosto, Apolo, Arias, Claridiana, Cupido, César, Esculapio, Filis, Galeno, Horacio, don Juan, Lucrecia, Lucrecias romanas, Marte, Ninfas, debe estar familiarizado, indefectiblemente, con los romances (moriscos, caballerescos, amatorios, etc.) Y es revelador que todos estos mismos nombres aparecen en las *Rimas de Lenio*<sup>22</sup>. Y no hay que olvidar algo muy significativo, que este poeta, junto a Lope, Góngora, Quevedo y otros, es uno de los creadores del “Romancero nuevo”; y que conforme avanzan las

<sup>22</sup> En el artículo *Diversos nombres utilizados por Lenio en sus poemas se encuentran en el Quijote de Avellaneda* (en proceso de publicación), incluyo una lista de cerca de cien nombres propios de personajes históricos, bíblicos y del romancero, y de ciudades, ríos y lugares comunes a los poemas y al apócrifo. Así como varias voces de germanía.

investigaciones en torno a Lenio, su figura y categoría alcanzan mayor relieve.

Inciendiando en este punto, hay otro dato que creo es importante y revelador. En el capítulo XXIV que trata de “*Cómo don Quijote y Sancho llegaron a Sigüenza y de los sucesos que allí todos tuvieron, particularmente Sancho, que se vio apretado en la cárcel*”, en una larga parrafada dirigida a la gente dice don Quijote:

...¡Erguid, erguid, pues, vuestras derrumbadas cuchillas! Salga Galindo, salga Garcilaso, salga el buen Maestre y Machuca, salga Rodrigo de Narváez. ¡Muera Muza, Cegrí, Gomel, Almoradí, Abencerraje, Tarfe, Abenámar, Zaide, mejor para cazar liebres que para andar...

De todos estos nombres, ya citados con anterioridad, voy a fijar la atención en *Machuca*. Se trata del capitán don Bernardo de Vargas Machuca, descendiente de Diego Pérez Vargas, quien en 1599 publicó su libro *Milicia y descripción de las Indias* (ed. V.E., Madrid, 1892), en cuyos preliminares del libro figura este soneto de Lenio que comienza: “Los límites de España dilatando,”

Creo que hay que tener muy en cuenta estas *coincidencias*, que tienen más valor al disponer solamente de una mínima parte de la producción de Lenio; y es una lástima no poder cotejar la caligrafía de la novela apócrifa con alguna de sus comedias o de sus poemas o manuscritos.

Otra muestra de relación o interconexión de Lenio con Aragón y, específicamente con Calatayud, la tenemos, posiblemente, en los elogiosos tercetos que dedica al doctor Pedro Torres, publicados en el *Libro de la enfermedad de las bubas*. Cita Lenio la patria de su autor, Daroca, una ciudad cercana (38 km.) y dependiente de Calatayud en muchos aspectos, y el río Jiloca que la cruza, que desemboca en el Jalón, en el término de la ciudad bilbilitana.

Así mismo, en la novela de Avellaneda, aparecen gran cantidad de nombres de jerga y apodos, lo mismo que en las *Rimas*. Tengo que decir que, sólo dos coinciden: un “rufo” (rufián) sacristán; y “trena” (cárcel), pero indican preferencia de *ambos autores* por usarlos. Y no me resisto a decir, aunque soy consciente de que no tiene ningún valor probatorio, que encuentro similitudes entre el lenguaje poético y el de la novela, sobre todo cuando se describen paisajes o se alude a virtudes o cualidades femeninas.

Hasta aquí, la biografía de Lenio.

Salta a la vista que la mayoría de los rasgos apuntados por Gómez Canseco atribuidos a Avellaneda, y que conforman su perfil, coinciden con sospechosa exactitud con los del autor biografiado a quien denominamos Lenio. Dicho en otras palabras: si con todos esos rasgos se confeccionase un traje virtual, éste se acomodaría, casi a la perfección en este personaje. Por este motivo, más de alguno puede caer en la tentación, o dar por seguro que Avellaneda es Lenio, y en parte no va descaminado. Máxime si se detiene a pensar que con esta identificación se resuelven varios problemas no mancos:

Uno es encontrar una justificación al motivo por el que el apócrifo se publica con seudónimo, en contra de la norma vigente en aquella época en que las “repeticiones” llevan la firma de su autor. Por ejemplo, *Las lágrimas de Angélica* (1586), de Luis Barahona de Soto y *La hermosura de Angélica* (1602), de Lope de Vega. *La Arcadia* de Sannazaro y otra *Arcadia* (1598) de Lope de Vega. La *Diana* de Jorge Montemayor; la *Segunda parte de la Diana* de Alonso Pérez, y la *Diana enamorada* (1564) de Gaspar Gil Polo. Y un caso similar al que nos ocupa es el *Guzmán de Alfarache* (1602) de José Martí, entre el primer *Guzmán* (1599) y el segundo (1604) originales de Mateo Alemán. Y además, porque el birlarle a un colega la cartera no conllevaba pena de cárcel; acaso se expondría a la ira y denuestos del perjudicado, en este caso Cervantes. Aunque es algo relativo, porque igual (como sucede actualmente) le daba opción a beneficiarse de esta “publicidad” gratuita, si sabía aprovecharla. Y no hay que echar en saco roto, que un don nadie literario se hubiese dado con un canto en los dientes por presumir de la autoría del apócrifo; y un consagrado no veo que tuviese ningún inconveniente en atribuírsela.

Otro problema es bien simple. Si una de los razones de la publicación del apócrifo fue la de la venganza, un requisito lógico e imprescindible es actuar con rapidez, y no con diez años de retraso. Este lapso equivalía entonces a una cuarta o quinta parte de una vida, y a la mitad de la etapa de madurez. Esta tardanza, a todas luces anómala, acompañada del anonimato, tiene que obedecer a la conjunción de unas causas poderosas y anormales. ¿Acaso tendrá algo que ver en ello que el autor del apócrifo reposaba en el sueño de los justos?

A quienes crean tras leer las líneas anteriores que la identificación de Avellaneda está ya resuelta, les diría que hay que afrontar este delicado

asunto con mucha prudencia<sup>23</sup>. Después de más de tres siglos de enormes y continuados esfuerzos, de intentos fallidos, no hay que darle más vueltas, no se puede resolver este misterio, de la noche a la mañana, en un santiamén, a pesar de que a este respecto recordaba Azorín<sup>24</sup> la carta robada de Poe, buscada en los sitios más ocultos, sin darse cuenta de que estaba sobre la mesa.

Y, por último, no quedaría completo este artículo sin transcribir un párrafo<sup>25</sup> de Marcelino Menéndez Pelayo y exponer alguna consideración sobre este interesante asunto:

“Sospecho que Lenio es el poeta aragonés Pedro Liñán de Riaza, tan encomiado por Lope de Vega; tal vez algún día pueda demostrarlo, hoy me contento con apuntar esta sospecha.”

Ahora, si tenemos en cuenta la indudable y contrastada autoridad de don Marcelino, debemos conceder a su sospecha credibilidad. Un personaje importante en *La Galatea* es Lenio, a quien Cervantes, cuando aparece en esta novela, en el Primero Libro, la descripción que de él hace no es precisamente favorable:

<sup>23</sup> Quien lo desee, puede ampliar la información consultando los artículos y un libro que hasta el momento tengo publicados en Revistas Electrónicas. Omito los títulos por “necesidades del guión” al elaborar este artículo. Pero se puede acceder a ellos buscando en Internet con mi nombre y apellidos junto a Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Lemir, Tonos o Anales Cervantinos.

<sup>24</sup> José Martínez Ruiz “Azorín”: *Pensando en España*, Madrid, 1940. Ensayo breve, titulado “¿Claro como la luz?”, reproducido después en el libro *Con Cervantes*, Buenos Aires, 1947, Colección Austral, de Editorial Espasa-Calpe.

<sup>25</sup> Marcelino Menéndez Pelayo: “Miscelánea Científico y Literaria”, de Barcelona, 1874. Recogido en Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo (2005) Estudios Cervantinos. El Quijote de Avellaneda.

En los datos biográficos, títulos de libros y poemas antecedentes, he sustituido el nombre de Liñán por el de Lenio. Y el apodo “Silori”, es en realidad “Riselo”.

; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana había topado a Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y desto vivía él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversación y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal del amor y de los enamorados; y por esta extraña condición que tenía, era de los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venían se paraban a escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre, alguna cosa cantaba. Y luego vieron que, dando su zampoña a otro compañero suyo, al son della comenzó a cantar...

Soy un lego en este punto, pero intuyo que los personajes pueden ser un réplica de personas reales (de hecho, se ha identificado a Galatea con Catalina; y a Elicio con el propio Cervantes), y la trama se presta a sacar a relucir defectos de los personajes ficticios o inflingirles ofensas, reproches, o pullas. Y estos ataques soterrados o desconsideraciones han podido devenir en los “sinónimos voluntarios”, uno de los desencadenantes o impulso de la creación del *Quijote* apócrifo.

Por otra parte ¿es casualidad o tendrá alguna relación el apelativo repetidamente aplicado por Cervantes en *La Galatea* de “desamorado” a Lenio, y el que Avellaneda aplique el mismo “desamorado” al caballero don Quijote? También atribuye con frecuencia el calificativo de “discreto” a Lenio. Menéndez Pelayo dijo: “Nada de lo que se refiere al *Quijote* puede ser indiferente para ningún español, y pocas cosas se refieren a él de tan cerca como la tentativa audaz del que intentó suplantar a Cervantes y arrebatarle su gloria.” Este tema, conforme transcurre el tiempo, nos depara nuevas sorpresas.